

Luis Rolando Cabrera

Marzo 31/54 M

La Casa de Beneficencia Cuenta su Historia

A CABO de cumplir ciento sesenta años. Para un hombre de la época ésta sería una edad record, algo merecedor de la mayor publicidad y digno de la curiosidad científica. Pero no soy un ser numano. Soy —perdonadme la inmodestia— algo más que eso. Soy la suma, el resultado de los esfuerzos, los sacrificios, afanes y desvelos de muchos seres humanos que, encastrosados entre mis muros, se han dedicado a cuidar con amoroso afán del cuerpo y el alma de miles y miles de chiquillos a los cuales, en su día, no les quedó más puerta abierta que esta mía. Soy, vamos a decirlo ya, la Casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana. Y aquí en unos cuantos párrafos, más o menos bien trazados, voy a contarles mi historia, lo que soy, lo que he hecho y lo que quiero hacer.

Surgí en La Habana colonial, en la época en que ocupaba la mitra el obispo Trespalacios pero soy, más que nada, la obra de aquel gran prelado que tanto hizo por Cuba y que se llamó Juan José Díaz de Espada y Landa. Fué él quien fundió en una sola institución las Casas de Beneficencia; de Maternidad y de Recogidas. Las tres llevábamnos en tiempos del prelado alavés, una existencia que no era muy halagadora. Pensó él que, unidas, formarían lo que él gustaba en llamar, "una masa de fuerzas" y propuso su fórmula al marqués de Someruelos entonces Capitán General y a la Sociedad Patriótica, nervio antaño como ahora, de cuanto propendiese al bienestar colectivo.

Así, al cobijar bajo un mismo techo a huérfanos, expósitos y recogidos levantó Su Ilustrísima, la piedra miliar de su gran obra de asistencia social pues pensaba, con sobra de razón, que eran todos de idéntica raíz, necesitados del calor y la ayuda de una sociedad que no podía abandonar a quienes, procedentes de su seno, estaban urgidos de la caridad de los demás para poder sostenerse.

Y durante todo el tiempo que duró su episcopado se preocupó Espada y Landa de la suerte de los albergados entre mis muros. Enviaba dinero para su mantenimiento y extraño era que pasaran días sin que la despesa no se nutriese con los desprendimientos del obispo.

Decursaron los años. Ya el prelado alavés dormía el sueño de los justos en el cementerio por él fundado, como una con-

tribución más al mejoramiento de la colectividad. Pasaron capitanes generales, obispos y reyes. La bandera rojo y gualda dejó de ondear, soberana, en la insula que sus hijos libertaran a un costoso precio en sangre y lágrimas. La vida siguió su marcha hacia adelante. Y yo continué ahí donde monseñor Espada me ubicara. Y continué durante todos esos años —mientras advenían y pasaban hombres y regímenes— haciendo la misma obra de asistencia social.

Por mis patios, dormitorios, aulas y talleres pasaron cientos y miles de niños de uno y otro sexo. Unos habían llegado a mi seno por la puerta misteriosa del torno; otros fueron dejados cerca de mis muros por alguna madre atribulada que, en un momento de suprema desesperación, no halló otro amparo para el fruto de sus entrañas que confiarlo a la Casa Cuna. ¡Cuna! Eso he sido para tales niños, cuna cálida y tierna. Y después, escuela, taller, forja de mentes y cuerpos. Las monjitas con su paso callado, con su mirada dulce y palabra queda realizaron entre mis muros papel de madres y maestras. Los seglares —maestros, empleados, manejadoras y sirvientes— cooperaron con afán a la gran tarea. Y los amplios patios, los corredores y pasillos han sido siempre jóvenes porque en ellos han resonado las risas de miles de muchachos que, entre mis paredes, se han sentido felices.

Los he visto crecer con hondo orgullo, con verdadera satisfacción de madre. Les he visto dar sus primeros pasos, aprender a leer y a escribir, escoger un oficio, hacerse como precocizara Espada y Landa "individuos de brazos útiles a la sociedad". Y no sin tristeza he visto partir a muchos de ellos. Pero los que se han ido han formado sus hogares con decoro y han seguido amando a la vieja casona en que encontraron un día: hogar y madre, atención y enseñanza, pan y cariño.

Por todas esas cosas es que estoy orgullosa de mis ciento sesenta y un años de vida. El niño constituye mi mayor preocupación. Los que me rigen, las monjas y maestros, las manejadoras y sirvientas comparten este criterio y lo llevan a la práctica calladamente, sin alharacas, sin exhibicionismos, como un deber que es al mismo tiempo una gran satisfacción.

¡Ayudar, alimentar, educar,

forjar! Eso he hecho durante muchos años. A la sombra tutelar de mis muros han crecido y vivido en ese tiempo, millares de muchachos para los cuales el porvenir hubiera sido muy incierto de no haber existido yo. Y puedo proclamar con el mayor de los orgullos que, en los anales de la historia penal de nuestro país no figura, como transgresor de la Ley, ni un hijo de la Casa Cuna. Todos fueron fieles a lo que aquí aprendieron. Humildes y callados se sumaron al conglomerado social y siguieron siendo, como aquí dentro, gente honesta y laboriosa. ¡Ni uno solo fué traidor a lo que sembraron en su mente y en su corazón las hermanitas, los maestros e instructores! Verdad que eso es algo que debería estar bordado en mi bandera como un blasón de honor?

¿Y qué aspiro a hacer en el futuro? Pues lo mismo que he hecho en más de siglo y medio. Quiero seguir educando, alimentando, ayudando, forjando. Quiero continuar con las puertas abiertas para recoger en mi seno al niño desamparado, al que la miseria o la incomprensión dejaron sin padre y sin pan. Quiero seguir, por años y años, realizando idéntica tarea. Cuento para ello con el cariño, el sacrificio, la comprensión y los desvelos de los hombres y mujeres que sucederán a los que ahora trabajan en mi interior, como ellos sucedieron a otros y otros. Cuento con el alma generosa del cubano para que recuerde a los niños de la Beneficencia y envíe aquí, de vez en cuando, libros y ropas, juguetes y dulces, enseres y efectivo. Cuento con que también, de vez en cuando, los que han tenido y tienen hogar y padres vengan a mis patios y corredores, a mis aulas y talleres para que vean lo que aquí hacemos y nos ayuden a seguir haciéndolo.

Y ojalá que algún día no sea necesaria mi existencia. Que no haya niños abandonados, ni con frío, ni con hambre. Que no haya madres desesperadas a las que la miseria obligue a desprenderse del fruto de sus entrañas para depositarlo en el torno. Entonces, aunque sé que me dolerá en lo más hondo dejar mi tarea, pensaría en que todos los niños eran felices y cerraría mis puertas para colocar, jubilosa, en lo más alto de mis muros, mi bandera azul y blanca, mi bandera que nunca como entonces sería un símbolo de paz y esperanza.

An. marzo 31/54

DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA